

Comprender lo que oramos. El enigma de la plegaria eucarística

“Es la cumbre, por fin, la última cumbre...” No es presuntuoso, desde luego, evocar este primer verso del soneto de Gerardo Diego a la Cumbre de Urbión, al comenzar esta rápida exposición sobre la Plegaria eucarística ¹. En alguna manera también ella puede ser considerada como cumbre de cumbres, como el vértice de una gran pirámide, cuya base sería la actividad entera de la Iglesia.

Efectivamente, por más que la Liturgia no agote la actividad eclesial -como nos ha recordado el Concilio- ², “no obstante, la Liturgia es la *cumbre* a la cual tiende toda la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” ³.

Dentro ya de la Liturgia, “la celebración de la Misa, como acción de Cristo y del pueblo de Dios ordenado jerárquicamente -asegura la Ordenación general del Misal Romano seis años después- es el *centro* de toda la vida cristiana para la Iglesia, universal y local, y para todos los fieles individualmente, ya que en ella se *culmina* la acción con que Dios santifica en Cristo al mundo, y el culto que los hombres tributan al Padre, adorándolo por medio de Cristo, Hijo de Dios” .

Ahora bien, también la celebración de la Misa tiene una *cumbre*, un momento culminante: “Terminada la colocación de las ofrendas y los ritos que la acompañan -continuamos escuchando la citada Ordenación general-... todo queda preparado para la plegaria eucarística. Ahora es cuando empieza el *centro* y el *culmen* de toda la celebración, a saber, la plegaria eucarística, que es una plegaria de acción de gracias y de consagración” ⁵.

(1) Véase G. DIEGO, *Versos escogidos*, Madrid, Editorial Gredos S.A., 1970; “Cumbre de Urbión”, p. 91.

(2) Cfr. Concilio Vaticano II, Constitución “Sacrosanctum Concilium” sobre la sagrada Liturgia, n° 9.

(3) *Ibid.*, n° 10.

(4) Ordenación General del Misal Romano, n° 1.

(5) *Ibid.*, nn. 54 y 55.

Vamos, pues, a acercarnos poco a poco a esa "última cumbre", intentando responder, en el estrecho margen de un breve artículo, a dos preguntas básicas: ¿qué es la Plegaria eucarística? y ¿cuál es su origen? A la primera pregunta dejaremos que responda, ante todo, la *Ordenación general del Misal Romano*, y a continuación, ampliando las bases, intentaremos hacer que responda también una breve síntesis de Liturgia comparada, es decir, la aportación de una rápida visión comparativa de las Plegarias eucarísticas clásicas, orientales y occidentales. A la segunda pregunta procuraremos responder qué se puede hoy pensar, con garantías de aproximación al menos, sobre los orígenes de esas mismas Plegarias eucarísticas, en su estructura y en sus contenidos fundamentales. A manera de apéndice podríamos añadir algo también, más cercano a nosotros, sobre el origen y significado de las tres nuevas Plegarias eucarísticas, insertas en el Misal Romano.

Cuestión primera: ¿qué es la Plegaria eucarística?

Comencemos por la primera respuesta, la de la Ordenación general del Misal Romano. Como es sabido, el capítulo II de este documento trata de la *Estructura de la Misa. Sus elementos y partes*. En su n° 53 leemos: "Terminada la colocación de las ofrendas y los ritos que la acompañan, se concluye la preparación de los dones con una invitación a orar juntamente con el sacerdote, y con la oración sobre las ofrendas, y así todo queda preparado para la plegaria eucarística".

Estamos, pues, en el corazón mismo de la celebración: todo queda preparado para este gran momento. Y, efectivamente, el n° 54 de la Ordenación general afirma, como hemos visto, taxativamente: "Ahora es cuando empieza el centro y culmen de toda celebración, a saber, la plegaria eucarística, que es una plegaria de acción de gracias y de consagración. El sacerdote invita al pueblo a elevar su corazón hacia Dios, en oración y acción de gracias, y se le asocia en la oración que él dirige en nombre de toda la comunidad, por Jesucristo, a Dios Padre. El sentido de esta oración es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del sacrificio".

Todavía otro número, el 55, dedica la Ordenación general a la Plegaria eucarística. En él se detiene más pormenorizadamente en "los elementos de que consta", y los presenta así:

"a) Acción de gracias (que se expresa sobre todo en el prefacio): en la que el sacerdote, en nombre de todo el pueblo santo, glorifica a Dios Padre y le da las gracias por toda la obra de salvación o por alguno de sus aspectos particulares, según las variantes del día, fiesta o tiempo litúrgico.

b) Aclamación: con ella toda la asamblea, uniéndose a las jerarquías celestiales, canta o recita el *Santo*. Esta aclamación, que constituye una parte de la plegaria eucarística, la pronuncia todo el pueblo con el sacerdote.

c) Epiclesis: con ella la Iglesia, por medio de determinadas invocaciones, implora el poder divino para que los dones que han presentado los hombres queden consagrados, es decir, se conviertan en el Cuerpo y Sangre de Cristo, y para que la víctima inmaculada que se va a recibir en la comunión sea para la salvación de quienes la reciban.

d) Narración de la institución y consagración: en ella, con las palabras y gestos de Cristo, se realiza el sacrificio que el mismo Cristo instituyó en la última Cena, cuando bajo las especies de pan y vino ofreció su Cuerpo y su Sangre y se lo dio a los Apóstoles en forma de comida y bebida, y les encargó perpetuar ese mismo misterio.

e) Anámnesis: con ella la Iglesia, al cumplir este encargo que, a través de los Apóstoles, recibió de Cristo Señor, realiza el memorial del mismo Cristo, recordando principalmente su bienaventurada pasión, su gloriosa resurrección y la ascensión al cielo.

f) Oblación: por ella la Iglesia, en este memorial, sobre todo la Iglesia aquí y ahora reunida, ofrece al Padre en el Espíritu Santo la víctima inmaculada. La Iglesia pretende que los fieles no sólo ofrezcan la víctima inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos, y que de día en día perfeccionen, con la mediación de Cristo, la unidad con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios lo sea todo para todos.

g) Intercesiones: con ellas se da a entender que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia, celeste y terrena, y que la oblación se hace por ella y por todos sus miembros, vivos y difuntos, miembros que han sido todos llamados a participar de la salvación y redención adquiridas por el Cuerpo y Sangre de Cristo.

h) Doxología final: en ella se expresa la glorificación de Dios, y se concluye y confirma con la aclamación del pueblo.

La plegaria eucarística exige que todos la escuchen con reverencia y en silencio, y que tomen parte en ella por medio de las aclamaciones previstas en el mismo rito".

Larga cita, pero valía la pena. Como podemos ver, la respuesta que da la Ordenación general del Misal Romano a nuestra primera pregunta básica puede resumirse diciendo que para ella la Plegaria eucarística es el *centro y culmen* de toda la celebración, que es fundamentalmente una plegaria de *acción de gracias y de consagración*, y que consta de una serie de partes que se suceden en un orden determinado.

Si ahora dirigimos un momento la atención a la respuesta que a esa misma pregunta nos da una rápida visión comparativa de las Plegarias eucarísticas clásicas, de Oriente y de Occidente, hemos de confesar que los dos puntos: el ser centro y culmen de la celebración, y el ser fundamentalmente una plegaria de acción de gracias y de consagración, no hacen sino confirmarse. El último punto, sin embargo, sobre todo en lo que se refiere a la estructura y al orden de sus diversas partes, se relativiza, pierde el carácter que podría aparentar tener de absoluto, ante la gran variedad de modelos estructurales y el significativo cambio de orden de determinadas piezas claves dentro de la estructura. Es, sin duda, una variedad de modelos a la que en modo alguno estamos acostumbrados ⁶.

Se comprenderá que no nos sea posible extendernos aquí en esta visión de Liturgia comparada. Dejando aparte el complejo problema estructural del Canon romano, primera de las cuatro Plegarias eucarísticas contenidas en el nuevo Misal ⁷, resumiremos muy brevemente lo peculiar de las estructuras de las Plegarias eucarísticas según pertenezcan al tipo antioqueno, al alejandrino o al sirio-oriental o caldeo ⁸.

En las de tipo antioqueno, tras el bloque eucológico de acción de gracias y alabanza por las maravillas de Dios en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, acompañado por el canto del *Sanctus*, el orden es el siguiente: Narración de la institución de la Eucaristía, como culminación de una forma o de otra de ese primer bloque, anamnesis (o memoria y oblación: "memores offerimus"), epiclesis (o invocación por el descenso del Espíritu), intercesiones y doxología.

En las de tipo alejandrino, las intercesiones, largas por cierto, pasan al primer bloque y se tienen incluso antes del *Sanctus*, de suerte que la breve oración que sigue al *Sanctus* contiene ya un matiz epiclético, previo a la narración de la institución. Ello no obstante, a continuación sigue la narración de la institución, la anamnesis, la epiclesis y, supuesto que las intercesiones ya tuvieron lugar, la doxología.

Más complicada, aunque en cierto sentido también más simple, es la estructura de las Plegarias eucarísticas del tipo sirio-oriental o caldeo. Podríamos presentarla

(6) No parecerá, por tanto, extraño que el P. GY, uno de los que colaboraron en la creación en las tres nuevas Plegarias eucarísticas, haga la siguiente observación: "la structuration proposée par le numéro 55 de la Présentation générale du nouveau Missel romain me paraît trop stricte: c'est la raison me semble-t-il du caractère un peu monotone des *Eucharisties de tous pays* dont le C.N.P.L. a publié le recueil": *Structure de la prière eucharistique*: La Maison-Dieu n° 125 (1976) 41-43, *passim*. cit. p. 42.

(7) Baste remitir a L. BOUYER, *Estructura del canon romano y su explicación*, pp. 232-246 de su gran libro *Eucaristía. Teología y espiritualidad de la oración eucarística*. Citamos de la edición castellana de Barcelona, Herder, 1969.

(8) En lo que se refiere a cada una de las partes de la Plegaria eucarística puede consultarse M. RAMOS, *La gran oración eucarística*: Phase 8 (1969) 137-158.

en tres bloques eucológicos, seguidos cada uno de ellos por su doxología. El primer bloque lo constituiría la oración de acción de gracias y alabanza, seguida del *Sanctus* como su doxología propia; el segundo incluiría la oración posterior al *Sanctus* con la narración de la institución, seguidas de otra doxología particular: "Por todos estos auxilios tuyos y gracias tuyas para con nosotros elevamos a ti un himno, honor, confesión y adoración..."; por último, el tercer bloque incluiría las intercesiones, la anamnesis y la epiclesis, y se cerraría todo con la tercera y final doxología: "elevando himnos y honor y confesión y adoración a tu Nombre vivo, santo y vivificante..."

¿Cuál es, pues, la estructura, el orden de las partes, en la Plegaria eucarística si nos atenemos a esta visión rápida y elemental de Liturgia comparada? Naturalmente, una respuesta unívoca es imposible. Lo único que, tal vez, podríamos afirmar es que se parte siempre de una acción de gracias a Dios, se evocan las palabras y gestos de Jesús en la Última Cena⁹, y la Iglesia, fiel al precepto del Señor de hacer lo que él hizo como memorial suyo, ofrece al Padre el Cuerpo y la Sangre del Señor glorificando su Majestad. Un estudio menos rápido de estas Plegarias eucarísticas comparadas entre sí contribuiría, sin duda, a obtener una más completa y matizada respuesta a nuestra primera pregunta básica o fundamental. Por el momento, baste lo dicho sobre ella.

Cuestión segunda: ¿cuál es el origen de la Plegaria eucarística?

Quede claro, ante todo, que no preguntamos cuál es el origen de la celebración eucarística en general, sino cuál es el origen de una pieza determinada, centro y culmen de la celebración, que consiste en una oración amplia y solemne, y que se expresa como hemos visto de muy distintas formas, por más que mantenga al mismo tiempo una importante semejanza en medio de todas sus variedades.

Para responder inicialmente a esta pregunta parece obvio partir de la semejanza, diríase identidad, entre lo que constituye el centro mismo de esta amplia oración y lo que nos narran Pablo y los Sinópticos sobre la Última Cena del Señor. Según Pablo y los Sinópticos, el Señor realizó aquella noche determinadas acciones y pronunció determinadas palabras que ellos, en forma más o menos estilizada, se encargaron de narrar. Y esa misma narración aparece regularmente en las Plegarias eucarísticas, como centro en algún sentido de la gran oración, y como punto de partida de lo que en ella se expresa: "Por tanto obedientes a este mandato, te ofrecemos el pan y el vino (explicación de una acción actual) y te pedimos que envíes tu Espíritu sobre la oblación de tu Iglesia..."

(9) Dado el carácter sumario de esta exposición, prescindimos del problema implicado en la ausencia -¿meramente aparente?- en alguna Plegaria eucarística del relato de la institución, así como de la hipótesis aventurada por algunos especialistas según la cual las Plegarias eucarísticas primitivas carecerían de esa evocación explícita tal y como posteriormente se convirtió en norma universal.

Ahora bien, esa narración y esa explicación de la acción actual tienen un marco eucológico, marco que es, ante todo, una acción de gracias y una glorificación de Dios, con la evocación de sus obras salvíficas, y que además implica una serie de peticiones por la Iglesia, por las autoridades, por el bienestar de las ciudades, etc. Pero resulta, además, que esa acción de gracias del comienzo se encuentra también aludida en los textos neotestamentarios. Jesús, nos dicen, pronunció la "acción de gracias" y "pronunció la bendición"¹⁰, es decir, utilizó, sin duda con más o menos libertad y creatividad, las fórmulas judías en uso, de bendición y de acción de gracias.

Todo esto ha movido a los estudiosos a volverse también a las plegarias judías de bendición y de acción de gracias para explicar el origen de la Plegaria eucarística de la Iglesia. Cuando Jesús dijo: "Haced esto en conmemoración mía", en aquel "esto" entendió la Iglesia que había de hacer no sólo la evocación de lo que él hizo, sino que había que poner por obra lo que él realizó: la glorificación de Dios y la acción de gracias al Padre que había hecho él.

Dado nuestro actual conocimiento de la eucología judía, tenemos hoy acceso a diversos textos, algunos antiquísimos, con suficientes garantías de remontarse hasta los tiempos del Señor, y que presentan extraordinarias semejanzas, en contenido y en estructura, con las Plegarias eucarísticas más antiguas de la Iglesia. Estos textos pertenecen o bien a la Liturgia sinagoga, o bien a la Liturgia doméstica, alrededor de la mesa festiva familiar, o incluso aluden a determinados servicios de la Liturgia del Templo. Sobre tales textos se ha volcado la atención de los eruditos y se han formulado diversas y matizadas hipótesis en relación con su posible parentesco con la Plegaria eucarística.

De nuevo habrá que recordar la imposibilidad de entrar pormenorizadamente en estas hipótesis y matizaciones. Quien desee una información al mismo tiempo densa y breve, puede acudir al artículo de un verdadero especialista en la materia, el P. Louis LIGIER, en la revista *Questions Liturgiques* del año 1972, dedicado precisamente a este punto¹¹.

(10) Prescindimos también por el momento de la cuestión relativa a la identidad o diversidad de ambos términos. Tras el conocido artículo de J.P. AUDET, *Esquisse historique de la bénédiction juive et de l'Eucharistie chrétienne*: Revue Biblique 65 (1958) 371-399, favorable a la identidad, véanse las aportaciones críticas de H. CAZELLES, *L'Anaphore et l'Ancien Testament en Eucharisties d'Orient et d'Occident*, Paris, Cerf, 1970, I, 11-21, y de Th. J. TALLEY, *De la "berakah" a l'Eucharistie. Une question a réexaminer*: La Maison-Dieu n° 125 (1976) 11-39, que insisten en la diversidad. Una posición más matizada en este y en otros puntos, con una amplia base eucológica, veterotestamentaria y judía, puede verse en C. GIRAUDO, *La struttura letteraria della Preghiera eucaristica*, Roma, Pontificio Instituto Bíblico, 1981.

(11) L. LIGIER, *Les origines de la prière eucharistique: de la Cène du Seigneur à l'Eucharistie*: Questions Liturgiques 53 (1972) 181-201.

Permítasenos, con todo, presentar de forma sintética y a manera de ensayo más bien que de resultado de una investigación propiamente tal, cómo concebimos el posible origen de la Plegaria eucarística. El enunciado clave podría ser el siguiente: *Triple herencia judía, más precepto del Señor, igual a Eucaristía cristiana*. Triple herencia judía. En ella van incluidas la Liturgia del Templo, la Liturgia sinagoga y la Liturgia doméstica, o sea, la Liturgia propia de la mesa festiva familiar. La novedad cristiana es como una levadura que, al caer sobre la masa de esa triple herencia, la hace fermentar y la convierte en otra cosa. Esa levadura es el precepto del Señor Jesús, la víspera de su Pasión, de hacer aquello que él mismo hizo como memorial suyo, precepto que lleva consigo la evocación, la oblación y, de una u otra forma, la invocación, súplica o epiclisis.

La conexión entre el texto mismo de la Plegaria eucarística, en su desarrollo histórico-salvífico inicial, con la Liturgia del Templo ha sido puesta de relieve por el P. LIGIER a propósito nada menos que del *Yom Kippur*, del Gran Día de la Expiación¹². De esta forma, la Sangre que se derrama "para el perdón de los pecados" aludida en la narración de la institución, no puede menos de evocar la teología de la Carta a los Hebreos, poniendo en paralelismo de oposición y verdadero cumplimiento la Liturgia del Día de la Expiación y todo el Misterio Pascual de Jesús.

Que la Liturgia sinagoga haya sido una herencia de la que se ha beneficiado el texto mismo de las Plegarias eucarísticas antiguas es algo que ha puesto en evidencia Louis BOUYER en su gran libro, indispensable para los que deseen profundizar en esta materia, *Eucaristía. Teología y espiritualidad de la oración eucarística*¹³. Las bendiciones que enmarcan el *Shemá Yisrael* y, sobre todo, la *Tefillá* o *Shemoné esré*, Las dieciocho Bendiciones, han dejado su huella en innumerables textos, entre ellos la misma introducción del *Sanctus* y gran parte de las intercesiones, especialmente de la Anáfora de San Marcos, alejandrina.

Pero sobre todo, como no podía ser menos, ha sido la Liturgia de la mesa, y en concreto la Acción de gracias después de la comida festiva, la *Birkat ha-Mazón*, la que ha servido como de cañamazo a lo que después llegó a ser la Plegaria eucarís-

(12) Véanse los diversos escritos de L. LIGIER sobre este punto: *Autour du sacrifice eucharistique. Anaphores orientales et anamnèse juive de Kippur*: Nouvelle Revue Théologique 82 (1960) 40-55; *Péché d'Adam et péché du monde. Bible, Kippur, Eucharistie*, v. II, Paris, Aubier, 1961, y *Anaphores orientales et prières juives*: Proche Orient Chrétien 13 (1963) 3-20.

Otra conexión con la Liturgia propiamente sacrificial o Liturgia del Templo es puesta de relieve por los autores que insisten en la más estrecha vinculación de la Plegaria eucarística con la *todah* que con la bendición judía. "Si la prière eucharistique se rattache davantage à la *todah* qu'à la *berakah*, cela a un intérêt considérable, car la *todah* est un véritable sacrifice. Elle est un sacrifice du temple de Jérusalem plus qu'un simple genre littéraire de prière"; Ph. BEGUERIE, *Prière eucharistique, bénédiction juive et "todah"*: La Maison-Dieu n° 125 (1976) 43-44. Cfr. además los estudios de H. CAZELLES y Th.J. TALLEY, citados en la nota 10.

(13) Obra citada en la nota 7.

tica. La misma posibilidad prevista en esta oración tripartita de introducir embolismos con motivo de alguna gran solemnidad invitaba a introducir como un embolismo más, pero en realidad como fermento nuevo, la evocación de la Cena del Señor, su precepto y el cumplimiento del precepto. Una especie de consenso se viene formando alrededor de la tesis fundamental del P. LIGIER en este punto. Es, precisamente, la *Birkat ha-Mazón* el punto de partida textual, sin duda remodelado como es ostensible ya en la *Didaché*, de la Plegaria eucarística cristiana ¹⁴.

Para terminar, y a manera de apéndice como anunciamos, queremos decir algo también, más cercano a nosotros y a nuestra vivencia litúrgica actual, sobre el origen y significado de esas tres nuevas Plegarias eucarísticas que, al ser incluidas en el nuevo Misal, han venido no a substituir el venerable texto del Canon Romano, pero sí a privarle de su estricto exclusivismo durante siglos. Para ello, más que presentar una síntesis personal inevitablemente indirecta y lejana, nos permitimos hacer una larga cita, en la que el sabio liturgista benedictino P. Bernard BOTTE, recientemente fallecido, nos explica con la vivacidad que le es propia este origen y este significado.

No se trata, como él advierte en la Introducción de su libro *Le mouvement liturgique* del que vamos a extraer sus palabras ¹⁵, ni de revelaciones sensacionales ni de la publicación de documentos secretos. Los hechos que cuenta son conocidos y solamente pequeños detalles podría añadir a ellos. Pero su testimonio, asegura él mismo, es algo diferente del de los historiadores que trabajan sobre archivos, sobre papeles. Su testimonio es el de un recuerdo reciente de personas vivas, de hechos compartidos por él y esas personas. Realmente, al mismo tiempo que nos informa, y de primera mano, como que nos hace entrar en ese círculo de personas que han hecho la reforma litúrgica posconciliar y nos los convierte en amigos entrañables. He aquí, pues, su testimonio.

“Poco después, encontrándome en Tréveris con mi grupo de trabajo ¹⁶, Monseñor Wagner me invitó una tarde a un simposium con el profesor Vogel y, mientras degustábamos un excelente vino del Mosela, nos confió un secreto: había sido llamado por Pablo VI, el cual le había encargado redactar tres nuevas plegarias eucarísticas que serían utilizadas alternando con el canon romano. Para prepararlas había concebido el proyecto de coleccionar todas las plegarias eucarísticas antiguas. Tal es el origen del libro *Prex eucharistica*, editado posteriormente por Monseñor Hañggi y la señorita Pahl. Esta iniciativa del Papa resultaba inesperada, y podía

(14) Cfr. L. LIGIER, *Les origines...* y Th.J. TALLEY, *De la "berakah"...* Naturalmente, sólo la comparación efectiva de los textos mismos de las plegarias judías y de las Plegarias eucarísticas cristianas, cosa que por el momento nos es imposible, dejaría satisfecha la curiosidad legítima del lector.

(15) B. BOTTE, *Le mouvement liturgique. Témoignages et souvenirs*, Paris, Desclée et Cie, 1973.

(16) Dom Botte estuvo al frente, como Relator, del "coetus a studiis" n° 20, *De libro I Pontificalis*, del "Consilium ad exsequendam Constitutionem de sacra Liturgia".

uno preguntarse quién la había inspirado. Monseñor Wagner pensaba que podía haber sido el P. Bouyer, que había sido recibido en audiencia privada unos días antes. Esto no me parece verosímil, porque las dos audiencias estaban demasiado cerca, y no es posible que el Papa haya tomado semejante decisión sin reflexionar largo tiempo sobre ella. Existe, quizá, otra explicación, pero hay que buscarla por otra parte del horizonte.

Los holandeses, impacientes en su espera de una reforma que no acababa de llegar, se habían tomado la delantera y fabricaban plegarias eucarísticas en cantidades industriales. Ante tal anarquía, el cardenal Alfrink había tomado una iniciativa. Había hecho componer una colección que comprendía la traducción holandesa del canon romano y seis nuevas plegarias eucarísticas. Sometió esta colección al juicio de la Santa Sede y se comprometió a hacer cesar la anarquía si tres de estos nuevos textos se aprobaban. Entonces se nombró una comisión especial de cardenales y dos consultores, el P. Vagaggini y yo. Entre los nuevos textos figuraban en primer lugar el canon del Padre Oosterhuis, que tenía gran éxito en Holanda y Flandes. Su innegable calidad literaria no compensaba los equívocos de su teología. Jesús era un "hombre inolvidable". No es que se dijese que era solamente eso, y no se negaba su divinidad. No se negaba ningún dogma, pero uno se sentía como impulsado a ponerlos en cuarentena, y era difícil ver en esta plegaria una expresión de la auténtica fe. Sobre este texto especialmente recayó mi crítica. Envié mi relación a Roma y esto fue todo. El Cardenal Alfrink no recibió la autorización que había pedido. Pero mientras tanto la situación general había cambiado.

He narrado los hechos según el orden en el que vinieron a mi conocimiento. Pero ello no significa que tal fuese el orden real. No he conocido el paso dado por Monseñor Alfrink sino después de las confidencias de Monseñor Wagner, pero es posible que en realidad sea anterior. He aquí cómo pudieron suceder las cosas. Pablo VI recibe la petición del Cardenal Alfrink. Reflexiona sobre el asunto, pide consejo y, finalmente, ordena la constitución de una comisión especial. Todo ello lleva consigo un cierto tiempo. A continuación el Papa se pregunta si la solución propuesta para Holanda no sería la que convendría a toda la Iglesia latina, y convoca a Monseñor Wagner. Sería, pues, el paso dado por el cardenal Alfrink el que habría desencadenado la iniciativa de Pablo VI.

Volvamos ahora al trabajo del Consilium. La reacción de Monseñor Wagner ante la nueva misión que le había sido confiada fue, como ya he dicho, reunir toda la documentación. Era una buena reacción, en sí misma. Pero hay que reconocer que, en tales circunstancias, le faltaba realismo. La redacción del libro que proyectaba tardaría varios años, y se esperaba con impaciencia una solución concreta. Por otra parte, la documentación no era inaccesible a los especialistas. Se hizo, pues, comprender a Monseñor Wagner que el asunto era urgente y que había que presentar sin tardanza un proyecto concreto. Entonces convocó una reunión ge-

neral. Yo no formaba parte de su grupo de trabajo, pero Monseñor Wagner se presentó un día en Lovaina para invitarme personalmente. Había invitado también al P. Bouyer. La reunión se tendría en Locarno y duraría una semana entera. Yo le objeté que debía dar clases en París el martes y miércoles. El insistió y, finalmente, acepté ir a Locarno los últimos días de la semana. Di, pues, las clases en París como de ordinario y tomé el tren por la noche en la estación de Lyon el miércoles. Llegué a Locarno el jueves por la mañana y me encaminé a la dirección que me habían indicado. Se trataba de un hotel suizo, confortable, situado fuera de la ciudad, en el flanco de una colina, con una espléndida vista sobre el lago. Encontré allí a una numerosa compañía: eran una quincena. Entre ellos Monseñor Wagner, el Profesor Fischer, Monseñor Schnitzler, el Padre Jungmann, el Padre Bouyer, el Padre Gy, dom Vagaggini. Parecían fatigados, y lo comprendo. Nada hay tan fatigoso como trabajar en grupo, y mientras más numeroso es el grupo más difícil resulta.

Se había llegado al punto de redactar las tres plegarias eucarísticas. Se habían tomado ciertas opciones. Así, deberían ser de tipos diferentes. La primera estaría inspirada en la anáfora de Hipólito de la *Tradición Apostólica*, la segunda sería de tipo galicano y la tercera de tipo oriental. Por otra parte se había decidido resaltar el papel del Espíritu Santo en la eucaristía. Uno de los reproches que podrían hacerse al canon romano era precisamente el dejar este papel en la penumbra.

Por lo que respecta a la anáfora de Hipólito, dos problemas se planteaban. Aquella no comprendía el *Sanctus*, pieza que no es original en la plegaria eucarística. ¿Había que conservarle este carácter arcaico o conformarla a las otras plegarias eucarísticas? Se decidió intercalar el *Sanctus*. El otro problema era el de la invocación del Espíritu Santo. El texto original tiene una tal invocación -una epiclesis- después del relato de la institución, pero se refiere a la santificación de los fieles y no a la consagración del pan y del vino. Se había decidido, pues, añadirle una corta invocación consecratoria, pero se había juzgado que había que colocarla antes del relato de la institución. Había, pues, un desdoblamiento de la epiclesis. La misma solución se había adoptado para la plegaria de tipo galicano. Pero cuando se abordó la plegaria de tipo oriental, se chocó con una dificultad. La solución más lógica era tomar sencillamente una anáfora oriental auténtica y traducirla en latín. Es lo que yo había propuesto, y había sugerido tomar la anáfora de San Basilio del rito alejandrino... Yo había hecho una traducción latina teniendo en cuenta las cláusulas romanas, y la había enviado a Monseñor Wagner. Tuvo una acogida favorable entre la mayor parte de los consultores, pero encontró una viva oposición por parte de un teólogo, dom Vagaggini.

Desde el siglo VIII persiste una controversia entre Latinos y Orientales sobre el momento de la consagración. Para los Latinos la consagración se produce por las palabras mismas de Jesús. Para los Orientales, se realiza por la invocación del Espíritu Santo. Esta controversia teológica no había impedido en ningún momento a

Roma respetar la tradición oriental. Los Orientales que se habían unido a la Iglesia romana habían conservado la epiclesis en su sitio tradicional en Oriente, después del relato de la institución. La anáfora alejandrina de San Basilio es utilizada diariamente por los católicos coptos. Dado que Roma aceptaba esta anáfora en griego y en copto no se veía por qué no la aceptaría en latín. Pero dom Vagaggini objetó que esto desconcertaría a los católicos latinos. Habitados a considerar que la consagración estaba realizada por las palabras de Cristo, no comprenderían que después de ello se invocase al Espíritu Santo en orden a la consagración. Ahora bien, en este caso no era posible cambiar de sitio la epiclesis. Lo que podía hacerse con composiciones libres resultaba imposible con una anáfora oriental auténtica. La mayoría se pronunció a favor de la anáfora de San Basilio, pero dom Vagaggini nos previno lealmente que delante del Consilium se opondría a esta propuesta. Si se renunciaba a adoptar una anáfora auténtica, no quedaba más que una solución: componer un texto que siguiese el esquema ordinario de las anáforas orientales, exceptuado el sitio de la epiclesis. Dom Vagaggini había compuesto un texto de esta clase, inspirándose en varias anáforas.

Delante de los Obispos del Consilium hubo, de hecho, una discusión entre el P. Bouyer, que defendió la anáfora de San Basilio, y dom Vagaggini, que la rechazaba. El resultado de la votación fue de 15 "a favor" y 14 "en contra". Pero el presidente -que era a la sazón el cardenal Confalonieri- estimó que la mayoría era insuficiente y que había que presentar el caso al Papa. Desde ese momento había que prevenir una solución de recambio, y se puso a punto el texto del Padre Vagaggini, que figura hoy en el Misal Romano.

Yo continúo lamentándome, por mi parte, de que no se haya aceptado una anáfora auténtica. Desde el punto de vista ecuménico ello hubiese tenido una importancia distinta. Hay que tener en cuenta, por lo demás, que la oposición no estuvo inspirada por un espíritu de controversia. Un obispo, que había sido profesor en una Facultad, declaró: "Si yo fuese todavía profesor, habría votado "a favor"; pero como obispo, no quiero crear dificultades". Yo había objetado que durante las semanas ecuménicas se había invitado a sacerdotes orientales a celebrar la Misa según su rito en iglesias latinas. Dom Vagaggini me respondió que esto se hacía en lenguas extranjeras que no comprendía el pueblo, y que eso no podía desconcertar a nadie. Es un punto de vista muy discutible, pero no tuve el valor de continuar la discusión sobre ese terreno" 17.

Hasta aquí el sabio benedictino. Tras sus magistrales palabras, huelga añadir nada más.

Manuel Ramos S.J.

(17) B.BOTTE, o.c., pp. 181-186. El que hasta la fecha no exista, que sepamos, traducción castellana de este importante libro nos ha animado a ofrecer al lector una traducción personal de las páginas citadas.